

El Bodegón de Villa Luro – Avenida Rivadavia y Byron

29/01/13

Registro de Campo (Jimena)

La primera vez que me acerqué al Bodegón de Villa Luro fue el día 15 de enero y una segunda vez el día 24 de enero, es decir, fui dos veces unos días antes de este registro. Debido a su importancia, mencionaré algunas cosas que surgieron de esas primeras visitas para después continuar con el registro del día 29.

El día 15 pasé por la puerta del Bodegón y decidí entrar. Eran las 18hs aproximadamente. Varios varones de entre 30 y 40 años se encontraban “sacando” sillas y mesas a la vereda, estaban preparando el Bodegón para la cena. No había nadie en las mesas, consumiendo, es decir, sólo estaban quienes trabajan en el bar. Miro alrededor y observo una estética “antigua” en todo el lugar, desde las mesas y sillas, hasta las ventanas, las baldosas del suelo, la barra. Pienso que es apropiado para el relevamiento.

Me acerqué a un chico de unos 30/35 años que estaba detrás de la barra / mostrador y le comenté el trabajo que estaba haciendo. Me dijo que se llamaba Ariel, que era sobrino del encargado (quien estaba de vacaciones en ese momento) y que para contarme mejor acerca del Bar, que me acerque un día por la mañana y pregunte por Germán, que es el hijo del encargado.

Ariel me contó que el lugar tiene más de 40 años, que abren a las 7 de la mañana. Le pregunté a qué hora podía volver para hablar más tranquilos y me dijo que vuelva por la mañana así hablo con Germán. Que ahora no podía atenderme él dado que estaban preparando el bodegón para la noche que “explota” (de gente, claro). Le pregunté si llamaba por teléfono antes y me dijo que no, que vaya directamente a eso de las 9:30hs de la mañana que el lugar está “más tranquilo”.

Fui entonces hasta el Bodegón el 24 a las 9:30hs de la mañana. Había unos pocos varones sentados en las mesas, algunos solos, leyendo el diario y otros dos charlando. Casi todos mayores de los 50/60 años. Cuando llego, le pregunto al mozo por Germán. Me escucha uno de los señores que estaban charlando y se me acerca, me pregunta qué necesito. Le cuento lo que estoy haciendo, que había hablado con Ariel y me había dicho que volviese un día por la mañana. Me dice que él sabía, que Ariel, su hijo, le había contado a él y a Germán de mi visita. Me dice que es el hermano del encargado, Manuel; que José, el encargado, se encontraba de vacaciones.

En ese momento sale Germán de la cocina y se me acerca, ante mi relato del trabajo que estaba haciendo, me dicen que vuelva la semana que viene que vuelve José de las vacaciones y que es mejor que hable con él directamente. Que vuelva a eso de las 10hs de la mañana.

Cuando estoy saliendo, Manuel me sigue y me empieza a contar unas pocas cosas acerca de la historia del Bar. Antes de arrancar me dice “mirá que esto también es restaurant, ¿te sirve igual?”, le respondo que sí. Continuó Manuel diciendo algunas cosas, que primero era un café, después fue un local tipo bazar, y volvió a ser un café. Que iba cambiando de acuerdo a los intereses de las personas que alquilaban el local y los del dueño que determinaba “qué poner”

finalmente. Me explicó que antes, cuando ellos iniciaron la gestión del café (no son los dueños sino que alquilan), el barrio estaba menos poblado, que la vereda del café era chica, angosta, propia de los almacenes de campo, pero que con las refacciones que fue sufriendo el lugar, que se decidió extender la vereda y quitar los materiales antiguos por unas baldosas “nuevas”, me dice que él estaba en desacuerdo, que no quería quitar las baldosas viejas porque eran parte del café, de su historia, pero la decisión no la tomó él.

También me dijo que enfrente, en la pared del colegio, hay una imagen del café que colocó la institución junto con padres y alumnos para reconocer la importancia del mismo en el barrio. Me cuenta que antes, cuando había reuniones en el colegio, las hacían en el café, que iban alumnos, padres y alumnos, padres, docentes. Que ahora ya no lo hacen, que se perdió “esa tradición”. Pero la imagen, el reconocimiento está. Me lo muestra, lo veo desde lejos. Está justo enfrente de la puerta del café. Cuando termina de contarme, me saluda, le doy las gracias y me voy. Decidí que debía volver.

El día 29 volví al bodegón. Cuando llego, entro. El mozo se encontraba limpiando las mesas con un “trapo”. Sólo había dos personas tomando café. Había un camión en la puerta, un repartidor de verduras, que se encontraba descargando la mercadería.

Le digo al mozo que venía a ver al encargado, José. Me pregunta “¿vos estuviste hablando con la semana pasada con el hijo?”, sí, le respondo y me dice que José se encontraba ocupado, atendiendo una entrega (supuse la del camión de verduras) . Le digo entonces que lo espero en una mesa.

Me siento en una mesa que da a la ventana (a la calle Byron) lo cual me da una visión general del café (aunque me queda por detrás un espacio de mesas). En un momento se me acerca una persona y me dice que él era el encargado. Le cuento del proyecto, la idea de las medidas de salvaguardia y lo primero que me pregunta es si hay que pagar algo. Le digo que no, que llegado el momento voy a pedirle un consentimiento en relación al proyecto pero que no tiene que pagar nada.

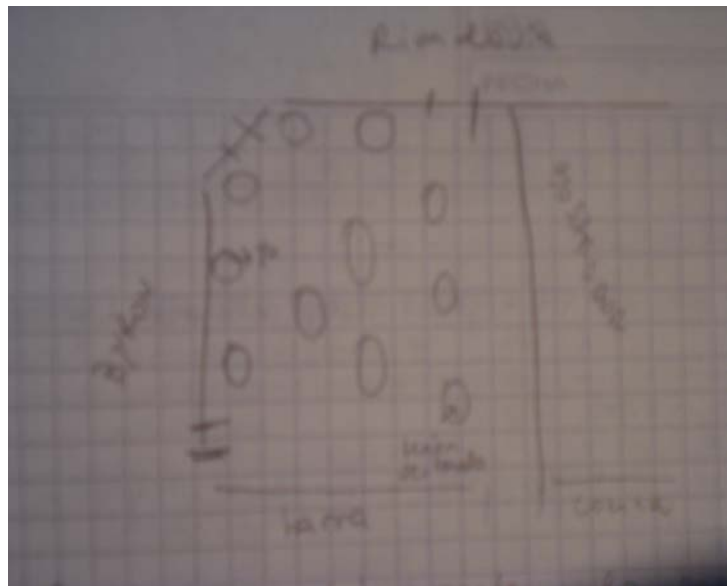
Ahí me dice (mientras el café con 2 medialunas) que tiene un problema porque él no es el dueño sino que alquila desde hace 35 años y que en 5 meses debe renovar el contrato pero no sabe que va a pasar porque el dueño parece que quiere cambiar el lugar, modificarlo o cambiar de rubro. Ante esa incertidumbre no sabe si podrá firmar el consentimiento. Le digo que más allá de eso, puede contarme sobre el bodegón y que cuando vuelva por el consentimiento ahí decidirá qué hace. Me dijo que le parecía bien y entonces le dije si le parecía que viniese otro día en un horario que me dijese para volver y charlar. Me dijo que estaba bien, y se me aleja.

Mientras tomo el café, de repente me doy cuenta que había en el lugar 6 varones mayores de 55/60 años que estaban hablando con quienes estaban sentados cuando llegué. Todos se encuentran mirando hacia el mostrador y por lo tanto dándome la espalda (ver croquis). Los últimos que ingresaron estaban apoyados sobre el mostrador, charlando, hablando de diferentes temas. Uno de los temas era la diferencia de precios con cafés de Palermo. Estuvieron 20 minutos charlando y riendo (intervenían todos los presentes menos yo) hasta que empezaron a irse por pares, de repente sólo quedó un señor sentado (siempre “mirando” hacia el mostrador).

Curioso, a las 10:15hs de la mañana, el mozo se encontraba acomodando las mesas para el almuerzo, colocando las copas de vidrio, servilletas, en fin.

En un momento vuelve José y me dice que vuelva en marzo, yo le digo que seguramente voy a volver antes a tomar un café nomás, para ver esas relaciones y prácticas que le había comentado. Me dice entonces “bueno, vení mejor un día a la tarde que no estoy sólo así podemos charlar tranquilos. Le respondo “bueno” y antes que se me aleje, le pregunto por el dibujo en la pared de la escuela, que me contó su hermano que era por el café. Se ríe y me dice que sí, que “antes cuando se reunían los alumnos y padres venían al café, pero ahora ya no lo hacen más”. Se me aleja mientras le doy las gracias. Le pregunté si podía sacar fotos a lo que me responde que sí.

A las 10:41 ya no había casi nadie en el lugar. Sólo yo, el señor sentado y otro varón de unos 60 años apoyado sobre el mostrador.



Dibujo/croquis del espacio del Bar, distribución de mesas O y demás.

El lugar es interesante, las paredes son de color rosa y las ventanas tienen cortinas blancas. La estética es “antigua”, las mesas y sillas son de caño negro, las ventanas y puertas (hay 3) son de madera pero se encuentran pintadas de rosa. Tiene ventiladores y sobre el mostrador se ven numerosas botellas de distintas bebidas más bandejas con sandwiches.

No hay demasiados sonidos ajenos, lo resalto dado que se encuentra sobre la Avenida Rivadavia, una de las avenidas más importantes de la Ciudad de Buenos Aires. Se escucha el sonido del tránsito pero débil. Sobre ese sonido resaltan el ruido del ventilador y los movimientos de la cocina: platos, vasos, cubiertos, heladera que se cierra; así como las conversaciones entre las pocas personas que están en el café.

El piso es de baldosas negras y blancas, haciendo un cuadrículado tipo “damero”, el cual combina con la estética general del lugar. A las 10:50 decido irme dado que no había mucho movimiento de personas en el lugar. El mozo ya había colocado el pan sobre las mesas.

El Bodegón de Villa Luro – Avenida Rivadavia y Byron

14/02/13

Registro de Campo (Jimena)

Volví al Bodegón para tratar de concretar una charla con José, el encargado. Llegué a las 18hs, pensando que era una buena hora para que charlemos tranquilos dado que la primera vez que me acerqué al bodegón fue en la misma hora aproximadamente y no había nadie (ver Registro de Campo con fecha 29/01/13).

Como supuse, cuando ingresé no había nadie. Sólo uno de los encargados, el sobrino de José, Ariel, que se encontraba sentado en una mesa junto al mostrador y con el teléfono celular en la mano. Me acerqué y le pregunté por José. Me dice que “está al lado, en la fiambrería, si lo querés esperar ya vuelve”. Hago un movimiento afirmativo con la cabeza y le digo que lo espero en la mesa (le señalo una mesa al lado de la mesa en la que él se encontraba). Una vez sentada, le pregunto si me puede alcanzar una gaseosa, le pido una 7up.

Espero unos 15 minutos, cuando veo que entra José al bodegón. Me saluda y enseguida me dice que no puede atenderme porque se está yendo, que lo agarré justo pero que vuelva más temprano, entre las 16 y las 17hs que a esa hora está, que se queda en el bodegón usualmente hasta las 17hs. Le respondo que no hay problema, pero que recién puedo volver en marzo. Me dice que le parece bien y se aleja. Toma unas bolsas detrás del mostrador, y comienza a saludar a quienes están en la cocina.

Me tomo la 7up mientras escribo, no entra nadie. Ni bien termino de tomar la gaseosa, le digo al chico, que continuaba sentado en la mesa viendo su celular, si puede cobrarme, que solamente tengo \$100, que me disculpe pero no tenía cambio. Le entrego el billete. Se dirige a José y le dice “tío, ¿le cobrás la gaseosa?”. Ahí se me acerca José y me devuelve la plata, me dice que me invita el trago. Ni bien me da el billete, me saluda y sale del lugar.

Mientras escribo, pasa una persona por la vereda, saluda a Ariel y sigue caminando, es decir, no se detiene ni entra al bar, sino que sigue viaje.

Mientras yo estuve, no entró nadie, salvo varios varones que trabajaban en el lugar. Es curioso que la mayoría que trabaja en el bodegón son varones, aunque hay una mujer porque la escuché desde donde estaba cuando saluda a José que se estaba yendo. Yo nunca ví a la mujer, sino que parecía que estaba en la cocina y desde allí se despide.

Decido que no hay mucho por observar y me voy.

EL BODEGON DE VILLA LURO – Av. Rivadavia y Byron

25/02/13 – 17:00 a 18:00

Registro de observación (Mercedes)

Llegué para hacer la entrevista con José. Voy hasta el mostrador, veo que hay un chico cortando fruta de lata, espero hasta que me mira. Llama al hijo, que estaba en la cocina, que me dice que no está porque salió a hacer unas compras. Aviso que lo espero. Me siento en una mesa contra la ventana y aprovecho para observar.

El local es en una esquina muy abierta. Cruzando Rivadavia está la Escuela N°7. Frente a ella, un lote enorme demolido. Cruzando Byron, un local de ropa masculina.

Cuando llego, había dos parejas jóvenes haciendo sobremesa. Cuando se levanta una de ellas a pagar, el chico le dice a la novia que le pida al encargado (el encargado de la barra atiende las mesas, no hay mozo) cambio para darle al trapito. Miro hacia Byron y efectivamente hay un cuidacoches, lo cual me sorprende.

La entrada principal es por la ochava, tiene otras dos más pequeñas por Rivadavia y por Byron. Las ventanas, amplias y en guillotina, tienen inscripciones pintadas ya descascaradas que dicen CAFETERIA - BAR - PICADAS - VERMOUTH - PARRILLA AL CARBON - COMIDAS PARA LLEVAR - PASTAS CASERAS. Hay un toldo verde que protege del sol a la entrada de la ochava.

Según lo que indica la inscripción en las ventanas, el lugar se llama “Parrilla Villa Luro”, pero en la pared detrás del mostrador hay un cartel de madera tallada que dice “El bodegón de Villa Luro”. A los costados, dos carteles de publicidad antigua de Quilmes y Pinerol. En esa misma pared, un espejo aparador sostiene copas y botellas. Vi botellas escritas con birrome, con el nombre de alguien, se ve que se las guardan a los habitués. La barra es de fórmica marrón oscuro. Tiene un aparador de metal con vasos, máquina de café, caja registradora, botellas de vino, azucareras de vidrio con vertedor de plástico, sodas de vidrio, hieleras, cajas de vino López y Vasco Viejo, aceiteras y vinagreras (botellitas pequeñas de las que se compran en el super).

El piso es en damero, beige y bordó. Las paredes están pintadas hasta la mitad de rosa viejo y de allí al techo de un amarillo suave/beige. Las mesas son de fórmica y caño negro con topetina negra y roja, las sillas son de caño negro con cuerina en el asiento. En cada mesa hay un salero de plástico 2 Anclas o un salero de vidrio, un servilletero de plástico PEPSI y un salero con escarbadientes.

Hacia la puerta de Byron hay una división de material, como una pared a medio cuerpo, del piso a la cintura, que separa una pequeña parte del salón.

Hay un olor a fritanga permanente e insoportable, el local está lleno de moscas.

Hay poca decoración. Una estufa a gas de pared de las viejas. Un par de relojes de pared (uno de ellos es de Café 3). Un cuadro de un paisaje, otro también de madera tallada que dice “No envidies mi progreso sin conocer mi sacrificio”. Dos potus colgando del techo donde está la división. También un pequeño cartelito antiguo de chapa pintada que dice “Prohibido escupir en el suelo”. Unos carteles de plástico tipo sticker indican las salidas y dicen “prohibido fumar”. Unos ventiladores tipo industrial, un televisor de tubo (apagado, tampoco se escucha música o radio). Las ventanas tienen cortinas blancas. Las luces son de tubo pegadas al techo. Están encendidas a pesar de la claridad del sol.

Sobre el aparador de metal que hay en la barra, una cabeza de caballo de ¿plástico? Negro con una bandera argentina al cuello y una gorra tipo baseball.

Arriba de la registradora, un gatito chino que mueve el brazo. Con las copas, detrás de la barra,

un torito de juguete negro.

Una abertura tipo puerta y otra tipo ventana comunican de la barra a la cocina, que no se ve. Hay un tubo de luz de emergencia, no hay AA.

Cuando llegué estaban las dos parejas, que se fueron enseguida. Luego de un rato sola, aparecieron 3 hombres - dos mayores, uno joven - que se sentaron a charlar de un negocio o proyecto inmobiliario o arquitectónico.

El movimiento de autos por Rivadavia es denso, por Byron también hay movimiento. Los peatones, en cambio, son escasos. Luego de los tres hombres, aparece uno solo que se acoda a la barra y se toma un vaso de vino con soda, se nota que es habitué, saluda al de la barra y uno que entra a la cocina también lo saluda. Termina su vino y se va enseguida. En la cocina se escucha mucho barullo de ollas. Los tres hombres que estaban sentados también se van y no hay nadie en el bar. Se ve que por la tarde no hay tanto movimiento, supongo que se moverán más con el almuerzo. También hay que ver cómo cambia la dinámica a partir de que empiecen las clases.

Luego de una hora de espera, viene el hijo a decirme que José no volverá hasta mañana, que es mejor venir temprano (a partir de las 7).